

DISCURSO

para

la velada literaria, celebrada en el tercer aniversario

de la

CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DE

GUADALUPE

la noche del 29 de Octubre de 1898.



ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:

ES noble y santo el objeto con que aquí estamos reunidos! El de celebrar el tercer aniversario de la coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe, patrona insigne, Madre compasiva y tierna, de un pueblo que la ama agradecido y que reverente la invoca, con el pecho henchido de fe, y palpitante de esperanzas su desgarrado corazón! Será inmortal la frase de nuestro insigne poeta: "¡Qué dulce es para el hombre tener Madre!"

El de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, es uno de los más grandiosos y trascendentales sucesos de nuestra historia religiosa. Ansiada por la piedad de casi dos siglos, tuvo nuestra generación

la dicha incomparable de llevarla á cabo: ella ha coronado á la Virgen Santísima, en medio del sollozo inmenso de todo un pueblo conmovido: empapando la corona que colocó sobre sus fúlgidas sienes, con las lágrimas de la más intensa piedad y de la gratitud más honda. ¡Qué menor homenaje le podía tributar á la tierna y compasiva Madre, que trocando en un instante el corazón endurecido de una raza idólatra, sacó de las más densas tinieblas á la luz esplendorosa de la fe cristiana, á más de doce millones de almas; que detuvo en el momento supremo el orgullo de un invasor injusto y altanero, para salvar la independencia de su pueblo; y que le ha dado á éste una tregua de paz, para que restañando sus heridas, y recobrando el aliento, pueda apurar los rigores de su destino, recibir la muerte en masa que le espera, con faz serena y corazón entero!

Fué bueno y santo coronar á la Virgen Santísima de Guadalupe. Dos reglas hay de criterio para distinguir el bien y mal morales; dos brújulas para poder marear con acierto, sobre el revuelto piélago de la conciencia humana: el amor de los buenos y el

odio de los malos. La Santísima Virgen de Guadalupe fué coronada con júbilo indecible de los unos é hizo rugir de furor á los otros. Pero aun hay otra regla suprema de criterio moral, infalible como el consejo evangélico que la enseña. “El árbol se conoce por sus frutos.” ¡Qué frutos de bendición ha producido para México la coronación de su excelsa patrona?

El de su coronación es uno de los actos más solemnes de nuestro culto; el homenaje de amor, más colectivo, más público, más intrépido y sincero que pudiera rendirse á la Santísima Virgen; y Ella en amor, ni sería posible ni quiere ser vencida. Amarla es obligarla á que nos ame: es más que comprar el sol con un grano de arena; es trocar una gota miserable, de nuestro amor ruín, tan egoísta y cenagoso, por los abundosos y límpidos torrentes del suyo, tan lleno de unción, de gracia y de poder. El alma más purificada y más encendida en amor, no podría ni en sus mas altos vuelos, barruntar siquiera la intensidad y la ternura del amor, con que la Virgen Santísima ama, hasta al mas protervo é ingrato de los hombres.

La Virgen María es la obra maestra de la Omnipotencia de Dios: la más alta y grande de las inteligencias creadas; el más elevado y puro de los amores finitos. Al sentirse colmada de gracias y de dones ¿qué agradecimiento y en qué manera amará á su Criador? Sólo alcanzan á expresarlos las mismas suyas, las palabras humanas mas sublimes, que han escuchado no sólo los mundos y los siglos, sino la eternidad y los cielos. "Glorifica su alma al Señor, que se dignó obrar en Ella cosas tan grandes y maravillosas." Pues si la Virgen Santísima que así ama á su Señor, en Él y por Él nos ama á los humanos ¿qué no hará por nosotros, al recibir los homenajes de nuestro más férvido amor?

Si pudiéramos ver las almas como vemos los cuerpos, como las ven los espíritus puros; qué maravillados quedaríamos al contemplar los torrentes de misericordias que sobre ellas ha derramado desde que fué coronada, la Virgen Santísima, que desea la eterna y plena dicha de cada una de ellas, más, muchísimo más, que todas juntas pueden desear la propia. ¡Cuántas tinieblas de error y de ignorancia habrá disipado en las

mentes; cuántos disecados por el dolor, cuántos corazones calcinados por la desesperación, habrán revivido á la esperanza, con sólo una de sus miradas; de cuántas almas petrificadas en el mal, habrá hecho brotar su amor, las fuentes inextinguibles, de las lágrimas tan amargas y tan dulces del arrepentimiento!

Mas no hablemos de las clemencias de la Virgen Santísima en el orden de la gracia y de la eternidad. Santamente debe tratarse de las cosas santas: de cosas tan inefables y sublimes, sólo puede hablarse reverentemente, bajo las bóvedas de un templo, entre nubes de incienso, dirigiéndose á un auditorio que escuche con el alma arrodillada, y con una voz ungida, que de lo alto haya recibido la misión de inculcar tan excelsas verdades en los corazones humanos.

Aquí y en estos momentos, para no ser irreverentes ni indiscretos, debemos limitarnos á meditar breves instantes para reconocerlos y agradecerlos, en los especiales beneficios que desde que fué coronada, está dispensando la Virgen Santísima á México, en el orden social y temporal, en el meramente secular y profano, por decir-

lo así. En este orden son muchos y muy grandes sus beneficios; pero los más prominentes y generales, los que más sentimos y palpamos todos, son: los de nivelación social, fundada en fraternidad cristiana, base la más sólida de toda democracia sincera; levantamiento de las almas esclavizadas, reintegrándolas en el sentimiento de su dignidad natural; consolación en el más apremiante y penoso de nuestros infortunios presentes; y esperanza ó resignación, para los peligros de un futuro tan pavoroso como próximo.

Si México ha de seguir llevando una existencia independiente, sólo podrá vivir en el orden político, bajo las instituciones netamente republicanas. Además de que lleva casi un siglo de haberlas adoptado en teoría, los últimos estremecimientos de la Revolución Francesa que todavía se siente al finalizar el nuestro; la degeneración de las dinastías reinantes, que casi las está extinguiendo; el espíritu turbulento é indócil de la época; y para nosotros, el ejemplo y vecindad sobre todo, de los Estados Unidos, que más bien que deslumbrados con las irradiaciones de su falsa li-

bertad, nos tienen como aturridos con los estruendos de su prosperidad material; hacen para México, de una necesidad indeclinable y absoluta, el régimen democrático.

Pero la democracia, que según la profunda y concisa definición de Aristóteles, es el "gobierno de todos por todos," sólo es posible teniendo por base la igualdad política, y ésta no puede alcanzarse sin la fraternidad cordial y sincera. El principal obstáculo en lo pasado, y con que en el presente, el sistema republicano lucha entre nosotros, es la falta de cohesión nacional, y la división tan profunda y tan arraigada que separa nuestras distintas clases sociales. No por crueldad y dureza, pues el corazón mexicano, por lo mismo que es débil, propende más bien á blanduras estériles y á dulzuras falaces: tal vez por las antiguas tradiciones de conquistados y conquistadores; la tan mala distribución de la propiedad; la ignorancia, desnudez y miseria de nuestros proletarios, ó quizás y principalmente, por la diversidad de razas, el hecho y muy lamentable es, que los de alguna ilustración y recursos, vemos á los de abajo como si no fueran humanos, sino de otra especie dis-

tinta, intermedia entre el hombre y la bestia. Pocas almas sienten allá en su fondo y hablando consigo mismas, que las de un artesano ó jornalero, las de un indio ó mestizo, valgan tanto ó más, que ellas.

Las úlceras que están en el corazón, sólo pueden sanar, con cauterios ó bálsamos que lleguen hasta el corazón mismo. Desde que fué coronada la Virgen Santísima, aumentó su culto, que es el de amor por excelencia, y quedó á sus pies y en su santuario, abierta para todos los corazones generosos, una cátedra sublime de democracia celestial. Desde entonces se presencian allí, escenas capaces de alumbrar al más rudo entendimiento, y de fundir en llanto el corazón, aunque sea más duro que el bronce. No hay soberbia, que allí, no se abata; ni orgullo que no se dome.

Quando la conquista de México comenzó, creyeron los indios que los españoles eran dioses; pero al ver que también morían, y que exhalaban el último aliento con dolor y terror, comprendieron que eran hombres como ellos. Al ir á llorar al pie de la colina santa del Tepeyac los propios quebrantos, al lado y confundiendo con las clases más

desvalidas, mezclando con las suyas nuestras lágrimas, por rehacio que sea nuestro orgullo, tenemos que reconocer y confesar, que por dentro todos somos igualmente miserables. ¡Es elevada y honda la enseñanza que allí predicán las peregrinaciones! En ellas vienen centenares y hasta millares de peregrinos de todas las razas que pueblan el país, de todas las condiciones y categorías sociales, fundidos en un mismo deseo y con un mismo corazón, y formando todos un solo cuerpo moral.

Se miran en ellas, al lado de la matrona opulenta que envuelve su distinguida faz en los pliegues de su mantilla, como con un nimbo de gravedad y melancolía, la robusta ranchera de anchas espaldas y rostro atezado: junto á la doncella rica, de flexible talle y de erugiente falda de seda, la pobre campesina de marcha firme y paso resuelto, como habituada á trepar peñas y hollar breñales. Al lado del hombre de letras de semblante pálido, del rico propietario y acomodado rentista de rostros blancos, el pobre jornalero de faz renegrada por el sol y el barretero con el semblante enmohecido por los miasmas subterráneos. Todos entran

confundidos y de rodillas al santuario: exhalando todos un mismo sollozo y derramando las mismas lágrimas, á los pies se postran todos, de la Virgen Santísima de Guadalupe.

Las lágrimas son perlas que el dolor eua-ja en las almas: si todas las que allí se derraman son iguales, del mismo oriente y de los mismos quilates, hay que creer que lo serán también las almas en que brotan. Si las peregrinaciones siguen y con ellas en aumento la devoción á la Virgen Santísima., muy pronto quedará fundada entre nosotros la verdadera república, la que tenga por bases la igualdad y la fraternidad sinceras, ó por mejor decirlo y más claro, la sublime y santa caridad cristiana. ¡Qué grande es, si bien se reflexiona, este beneficio que la Virgen Santísima nos está dispensando! ¡Cómo no han de ser nuestros iguales por un momento en los comicios populares, los destinados á ser nuestros eternos conciudadanos en el cielo!

Son crueles sin ser exactos, los dos aforismos últimamente formulados por Moltke y Bismarck. “Las grandes guerras no son podas saludables para la humanidad” como

decía el primero; ni “la fuerza debe prevalecer sobre el derecho” como lo proclamaba el segundo. La humanidad fué creada para vivir en paz, porque ella es el principio y fin del amor, y la humanidad sin amor, no sólo sería una monstruosidad sino un imposible; pero la paz sobre la tierra, por lo que tiene de humana, también sufre mermas y aparece daños.

Con la paz se afeminaron hasta Esparta y Roma. En el seno de una paz profunda y duradera, á causa de la corrupción humana, los deseos de goces y propias comodidades se avivan, y todos los egoísmos se exaltan. Y nada es tan cobarde como el egoísmo: está lleno siempre de miedos, que de complacencia en complacencia lo arrastran hasta la lisonja y bajeza; y de éstas lo precipitan hasta la complicidad y el crimen.

Cuando el servilismo se apodera de una época ó de un pueblo, poco á poco va extendiendo las mallas de su amplia red, hasta prender en ellas á todas las clases del estado, y á todas las posiciones sociales. Bajo los Césares romanos se llamó peste; bajo la tiranía de los grandes perseguidores Enrique VIII ó Isabel de Inglaterra, se apellidó

desolación grande; y en el reinado de Luis XIV, en el que no se libraron de su infección ni el genio y el heroísmo, fué denominado, vergüenza universal. Por desgracia, y muy grande, nuestros egoísmos, mucho se han extendido y están muy llenos de miedos. Teme el pobre que el patrón le quite el trabajo y jornal, y lo lisonjea; los de trabajo y mediana posición, tienen miedo de que el usurero no les preste, y lo halagan: los hombres de negocios temen que el magistrado les falle en contra, y no omiten medio de captarse su benevolencia; los acaudalados y de grandes empresas, por atrapar los negocios pingües, que sin trabajo y pronto multiplican las fortunas, á todo están dispuestos; desde los más humildes funcionarios hasta los más encumbrados burócratas, temerosos por los sueldos y posiciones que disfrutan, tienen que ahogar en humo de adulaciones, á los que pudieran removerlos de sus cargos. La cadena de nuestros servilismos no tiene solución de continuidad y á todos nos están quebrantando sus férreos eslabones.

¿Qué hacemos? ¿que dirían nuestros padres si resucitaran? ¿Cómo ha de haber libertad,

si no encuentra corazones libres en que poder anidar? Mas no bastan esfuerzos humanos para romper semejante yugo: la fe y la razón de consuno, la historia y la experiencia universal, sólo un medio han encontrado. El que teme á Dios, no teme ni puede temer á los hombres: ése fué el secreto que hizo libres á veinte millones de mártires. Pero el temor de Dios no se alcanza sin implorarlo, y el camino infalible de lograrlo, es la mediación de La que todo lo puede. Para los que buscan el reino de Dios y su justicia, en verdad que todo lo demás es añadidura: ven en verdad, el valimiento y la riqueza, la ciencia y los honores, y hasta el poder y la vanagloria, cual el ropaje de un día, que pronto arrojaran como harapos viejos, al borde de su tumba.

¡Qué grandes son el poder y la elemencia de la Virgen Santísima! Haberse dignado bajar hasta nuestro suelo, para establecer en medio de nosotros un tribunal perenne de manumisión, del cual se levantan libres todos los que se arodillan esclavos! Sin Ella ya hubiéramos vuelto al gentilismo con Ahuitzotl y Maxtlatón: ya hubiéramos declarado dioses á todas las potestades de la tierra.

¡ De todos los torrentes, el más incontenible, es el de la bajeza humana !

La pobreza, es uno de los poderosos resortes con que la sabiduría divina rige los destinos de la humanidad degenerada. Como ésta en su caída, se lastimó tanto de ese lado, para domar ese potro salvaje que se llama codicia, se necesitaba un freno tan áspero como la pobreza. Felizmente en estos últimos años no nos han visitado las pestes asolaradas; las sequías no han matado de hambre y sed nuestros ganados; ni las inundaciones, podrido en los campos los maizales, solo pan de nuestros jornaleros. Aires salubres, lluvias fecundantes y paz, hemos tenido; pero la pobreza pública y privada, con semblante sañudo avanzaba á pasos de gigante, hácia nosotros. Llegó al fin: y nos tiene ya entre sus garras.

Los sofismas de la ciencia moderna se estrellan contra los hechos: proclama que el crédito es fuente de riqueza para las naciones y que la opulencia de éstas se ha de medir por lo que deban. Tal teoría quizás haya podido fascinar á algunos sabios; pero hasta ahora no ha llegado á convencer ni menos á consolar, á ningún pobre. Singular es

que la teología que tan ajena es á las riquezas temporales, sea la ciencia que haya fijado las verdaderas bases de la economía política "Comerás el pan con el sudor de tu rostro," dice la palabra santa. No dañar los intereses de otro y trabajar, son las verdaderas fuentes de toda riqueza y las bases de toda la ciencia económica. Por eso somos tan pobres como nación y en familia; porque debemos mucho como pueblo, y trabajamos, poco ó por poco, como individuos.

Para los hijos de la tierra, cada día se hace el trabajo más escaso y más improductivo. Peón del campo con diez horas de trabajo y veinticinco centavos de jornal, ó garrotero de tren con peligro inminente de muerte y cincuenta centavos diarios, son los dos más amplios caminos para el pobre, de buscar su pan: dependiente ínfimo de negociaciones y empresas extranjeras, ó profesiones literarias, cuyos ejercicios están de antemano monopolizados, son los dos únicos senderos para encontrar trabajo, que puedan practicar las clases ilustradas. Por más que se retuerza de dolor nuestra vanidad, tenemos que confesarnos á nosotros mismos, que somos muy pobres.

La pobreza, tan saludable y santificante, como expiación, es de las penas humanas, la que más que en nosotros mismos, nos hiere en los seres que nos son queridos. No poder sostener en su decrepitud á padres ancianos; educar á hijos pequeños; ni poder dotar á hijas virtuosas y por casar; penas son en verdad, que llegan hasta lo más profundo del alma. Sólo la devoción á la Santísima Virgen puede mitigarlas. Con el aumento de ella desde que fué coronada, la Santísima Virgen, que centuplicado paga el amor que se la profesa, en tres maneras está aliviando nuestra pobreza: infundiendo en las generaciones vigorosas y jóvenes, el amor al trabajo, que es el mejor medio de encontrarlo; consolando y fortaleciendo á los que la sufren, para que la soporten sin desesperación y sin estallar en odio contra los ricos; é ilustrando la conciencia y ablandando el corazón de éstos, para que no defrauden el trabajo del pobre aumentando la faena ó mermando el jornal, y aborrezcan la usura, esa lepra de las riquezas, que con ellas pasa de trasmisión en trasmisión, hasta consumirlas.

De la bondad de la Santísima Virgen de

Guadalupe, espera México el remedio de sus dos más grandes vergüenzas económicas. Pronto se vestirá su grasiento pueblo, y el jornal del indio pronto llegará á un peso.

Pero de todos los beneficios que en su ternura nos está dispensando la Virgen Santísima, ninguno tan singular y tan grande, como el de infundirnos aliento ante el pavoroso peligro que de fuera, pero tan próximo, y que tan de cerca nos amenaza.

Al firmarse los protocolos, la beligerancia se ha suspendido y con ella los deberes de la neutralidad; pero no los de la prudencia, que aconseja encerrarse en los límites de una discreción conveniente y decorosa. Ante los sucesos de guerra que aun está presenciando, el mundo se ha quedado estupefacto: hechos sin precedente en la historia, y que ni los estadistas ni los pueblos, comprenden ni pueden explicárselos.

Inexplicables son, en efecto, una guerra en que se logra la más plena victoria sin combates; una plaza fuerte, tomada no por asalto, sino con sólo la intención de asaltarla. No se alcanza que en la rendición de una sola plaza, se comprenda también la

de toda una provincia y la de una isla entera; que un puñado de cívicos con fiebre y sin disciplina, sean como las horcas caudinas bajo las cuales pasen, cerca de doscientos mil soldados aguerridos, deponiendo sus armas y pertrechos, casi sin dispararlos. ¿Qué guerra es ésta, cuyos campos de batalla, en vez de cosechas de laureles sólo producen vergüenzas, y quizás mayores, como decía Cicerón, para el vencedor que para el vencido? Si no nos es permitido juzgar de esos hechos, al menos debemos aprovechar la dura lección que nos predicán. Ellos patentizan hasta donde la masonería hecha poder, puede hundir en los abismos del infortunio y la ignominia, á una nación, por noble, esforzada y poderosa que haya sido.

Si la prudencia nos impide apreciar esos hechos en su valor bélico y externar los votos que ellos nos arrancan, no sólo es una potestad sino un deber, juzgarlos ante el derecho y la moral, en sus causas, sus medios y sus resultados; pues no hay neutralidad que ligue ni miedo capaz de acallar á la conciencia humana, único juez soberano é incorruptible sobre la tierra. El Congreso y Gobierno de un pueblo civilizado y

prepotente casi por unanimidad y á la faz del mundo ¿puede declarar la guerra, por venir á sus intereses; por su proximidad al suelo y mares que deban ser el teatro de ella; y por cumplir generosos deberes de humanidad para con los oprimidos?

Justificar la guerra con la facilidad de hacerla y las conveniencias que nos pueda acarrear, es hacer retrogradar el derecho público de un solo golpe, veinte siglos; es volver con la antigua Roma, al pleno paganismo. “Por dominio eminente, proclamaba ésta en los días de su prosperidad, corresponde al pueblo rey, cuanto sus legiones puedan arrebatárle al mundo.” Y más trascendental es investirse de propia autoridad, con el sumo sacerdocio de la humanidad y la justicia; si bastan el oro y la fuerza, para conferirle á un pueblo el pontificado de humanidad y la suprema dispensación de lo bueno y equitativo en la tierra, están de más en ella, el Vicario de Jesucristo y los sucesores de los Apóstoles: ya no hay que ir al Vaticano para escuchar de rodillas la voz del Cielo, sino al nuevo Delfos para recibir sus oráculos.

Por laxo que sea el derecho de guerra,